

# NUESTRA SANIDAD

Editado por los servicios

sanitarios del frente.

AÑO I

PUBLICACION QUINCENAL

Madrid, 15 de marzo de 1937

NUM. 3



El nuevo Ejército popular ha sido capaz de crear con esa imprevista revisión maravillosa que tiene nuestro

pueblo, y ha logrado hacer un Ejército capaz de hacer frente a las naciones más potentemente militarizadas y que cuentan con una organización militar más preparada para la guerra. El antiguo estudiante de ciencias, el antiguo profesor de física, el antiguo estudiante de ingeniero, son hoy excelentes oficiales de Artillería, capaces de emular a los mejores técnicos salidos de escuelas militares después de largos años de preparación y estudio. El que al entrar de miliciano había dejado su piqueta o su garlopa se ha convertido en el curso de pocos meses en conductor de tropas, en excelente comandante de brigada o jefe de división, con una capacidad técnica que puede compararse a la de nuestros mejores militares del antiguo Ejército. Aviadores, artilleros, jefes y oficiales del nuevo Ejército, todo se ha improvisado.

Pero hay un eslabón en la cadena de componentes del Ejército que no puede ser improvisada: SON LOS MÉDICOS. Ni en unos meses, ni aunque dure la guerra un par de años, hubiéramos podido en el lapso de ese tiempo crear médicos capaces de ser útiles a nuestros milicianos. Por ello, para organizar la Sanidad Militar de campaña no hay más remedio que echar mano, de grado o por fuerza, de los individuos que en el momento de declararse la guerra tenían o estaban a punto de terminar sus estudios de Medicina.

Hemos de decir, desde luego, que no nos ha cogido de sorpresa el comportamiento de los médicos. Aquellos cuya conciencia política nos era bien conocida se incorporaron sin titubeos desde el primer momento, unos como médicos y otros como simples milicianos de lucha, abandonando sus intereses particulares y de toda índole para ponerse al lado de la causa del pueblo.

Al organizarse las primeras unidades regulares había que ir recogiendo de Milicia en Milicia estos camaradas, a quienes el sentimiento del deber les había llevado a unirse a todos los proletarios como uno más para defender, con las armas en la mano, al pueblo de la rebelión fascista. Todos conocemos numerosos casos de éstos.

Pero agotada esta primera serie de voluntarios heroicos comenzaron los llamamientos constantes de las agrupaciones profesionales: Colegio Médico, Agrupaciones de Médicos liberales, Sindicatos, etc., a cuyo llamamiento acudieron en buen número. Pero tampoco bastaba. Al acercarse el enemigo a las puertas de Madrid y

tener que dar una estructura al Ejército que defendía la heroica capital de la República, había que lograrse una orden que ponía a disposición de la Jefatura de Sanidad a todos los médicos, hasta la edad de cuarenta y cinco años, para ser movilizados o destinados a los servicios sanitarios del Ejército que defiende a Madrid.

Y comenzó la movilización, en cierta manera forzosa. Hemos de decir, sin embargo, que muchos de estos movilizados, a quienes sus destinos profesionales o sus intereses habían retenido hasta entonces en sus hogares, se incorporaron sin titubear y han cumplido con heroísmo y abnegación con el deber que se les impuso. Alguno de ellos ha hecho una labor destacada verdaderamente admirable.

Pero no todos han comprendido la verdadera situación actual y el deber que tenían de acudir a ayudar a los bravos soldados de la República que defienden nuestro país de la guerra del fascismo internacional. En muchos casos es verdaderamente lamentable el espectáculo de algunos médicos jóvenes, plétóricos, fuertes y sanos, a quienes sus intereses o su cobardía les hacen buscar todas las razones, todos los motivos, todas las influencias para poder parapetarse detrás de un ridículo destino o detrás de un servicio sin importancia para no acudir al llamamiento que los servicios sanitarios de la defensa de Madrid les ha hecho, con objeto de completar los efectivos sanitarios de nuestro Ejército. Si bien no han valido debilidades, ni titubeos, ni influencias cualesquiera que hayan impedido a los responsables de la Sanidad obligar, primero con razonamientos y después con los procedimientos necesarios, a que todo el que tiene el título de médico y es joven se ponga al servicio de los heridos. Son muchos los que ostentan la mancha de haber interpuesto intereses particulares o razones sentimentales individuales, o su miedo, a ser útiles al Ejército que lucha por la libertad de España.

Camaradas médicos: por bien de todos los intereses, por encima de todas las conveniencias de índole personal o cualesquiera, hoy no puede haber más que un interés supremo, que es el de GANAR LA GUERRA. Y para ganarla lo primero que hay que darle al Ejército, junto con las armas eficientes, es un servicio sanitario completo que dé la seguridad al que lucha por nosotros que nosotros estamos detrás de él con nuestros bra-

## LA SELECCION DEL PERSONAL RECLUTAMIENTO DE SANITARIOS

Insistimos sobre este tema, ya tratado en otros números de NUESTRA SANIDAD. E insistimos porque con motivo de la incorporación a filas de los reemplazos de 1932 a 1936 decretados por el Gobierno de la República, adquiere este tema, siempre actual, una máxima importancia.

Tenemos la seguridad de que todos los jefes de las brigadas y los batallones que constituyen nuestro Ejército popular no pensarán al recibir los nuevos reclutas más que en completar sus efectivos cubriendo las bajas producidas por la campaña. Y estamos seguros de que cuando los médicos del batallón o el comandante médico de la brigada reclamen personalmente a sus jefes algunos individuos para cubrir las necesidades de personal del servicio sanitario, sólo les atenderán a regañadientes, y acaso lo más que logren sea que se destine a estos servicios a los individuos que por su constitución física o sus cualidades personales dejen más que desear. Es decir, que el servicio sanitario será siempre mirado como el refugio de los imposibilitados, de los menos fuertes, de los menos capaces, de los menos valientes.

Y contra esto hemos de luchar energicamente. El servicio sanitario de los batallones requiere, y no nos cansaremos de insistir sobre ello, individuos fuertes, sanos, valientes, decididos, conscientes y dispuestos a soportar todas las inclemencias de la guerra con un heroísmo muy superior al que necesita el que sirve una

vez abiertos para que no caiga sin ayuda, para que reciba los auxilios de la Medicina que salva su vida, que le reintegre a su hogar, y que si es necesario pueda de nuevo empuñar las armas en nuestra defensa. No titubeéis. Si vuestras ideas políticas, si el medio social en que os desenvolvisteis, si vuestra poca conciencia social os hizo en un momento estar alejados de la causa que parece ser únicamente del proletariado, aunque era también nuestra, de las clases liberales peñoburguesas del país, hoy que tres naciones unidas en un mismo ideario político intentan repartirse España haciéndola una colonia subyugada a los intereses del trust de esas grandes capitales y de su gran industria, atenuando a nuestro pueblo y convirtiéndole en un pueblo de esclavos, hasta el título de español debería perder el que de una manera activa no ha tomado con entusiasmo el papel que le corresponde en esta lucha por la independencia de su suelo y de su pueblo. ¡Médicos españoles: Si el deber os llama a cumplir la misión más selecta que puede tener un médico en estos momentos en nuestro país, acudid sin miras de ninguna clase! ¡No puede haber para vosotros más intereses por encima del interés supremo de salvar nuestra patria del yugo extranjero.

ametralladora o maneja un fusil. Se necesita mucho más valor para acudir a la línea de fuego batida por el enemigo, donde cayó un camarada, que para avanzar protegido con un fusil en la mano. Se necesita una energía física para hacer de camillero en las largas jornadas de esta guerra, muy superior a la que necesita el que está en las trincheras o en un parapeto. Se necesita un valor muy consciente para saber que el deber del sanitario en la línea de fuego no está en exponer inútilmente su vida, sino en exponerla no más que lo preciso para recoger al camarada caído; pero luego, una vez recogido éste, no ahorrar ningún medio que pueda evitar que tanto él como el camarada que transporta lleguen a sitio seguro, donde se le pueda atender y curar.

Es decir, las cualidades morales y materiales que necesita el personal sanitario son las más elevadas que se pueden exigir de un guerrero, y aun de un guerrero de tipo político como el de hoy, que sabe que no solamente defiende su patria, sino que también defiende la República y defiende la sociedad conquistada con el esfuerzo de los trabajadores.

Queremos con esto recordar a nuestros camaradas responsables de la Sanidad, batallones, brigadas y divisiones, que deben recabar de los jefes de Cuerpo y de los comisarios políticos toda la comprensión de este problema, toda la importancia y justicia que tienen estas líneas. La elección de personal sanitario debe hacerse con extraordinario cuidado, porque de esta elección depende, en último término, el éxito de lo que es el papel fundamental de todos los sanitarios militares, como es la recogida urgente de los heridos en la primera línea y su transporte a los puestos de cura de los hospitales de vanguardia.

## UN DONATIVO

La Jefatura de Sanidad Militar ha recibido de la COLECTIVIDAD DE OBREROS COLUMBA, como donativo para ayudar al sostenimiento de hospitales, la cantidad de 576 pesetas, producto de un día de haber de los camaradas que la componen.

En visita que con motivo de esta entrega realizaron a dicha Jefatura los responsables de la mentada Colectividad, hicieron presente el acuerdo, tomado en asamblea, de continuar contribuyendo de esta misma forma en meses sucesivos.

Esta Jefatura de Sanidad se complace en hacer público su agradecimiento a la COLECTIVIDAD DE OBREROS COLUMBA por tan plausible acuerdo, de beneficio tan acentuado para la causa antifascista que en estos momentos defendemos.



# EL TRANSPORTE DE LOS HERIDOS

## El agua como causa de infección

Misión acaso tan importante como la cura rápida de los caídos en la lucha tiene la Sanidad Militar el transporte urgente de los heridos que ha de llevar hasta la sala de operaciones más próxima, en donde, de una manera reposada e inteligente, se haga rápidamente la intervención necesaria que crea las condiciones de una rápida curación y de una restauración del herido con las menores consecuencias posibles para su capacidad de trabajo el día de mañana, o para su reincorporación a filas en día próximo.

El carácter de la guerra actual y los lugares en que se desarrollan los principales combates, ponen continuamente sobre el primer plano de actualidad la falta en que se encontraba nuestro Ejército de Madrid de transporte para los heridos: LAS ARTOLAS Y LAS AMBULANCIAS.

En los primeros meses de lucha, en que se combatía en grupos alrededor de las vías más importantes de comunicación, pareció ser que no habían de tener aplicación en esta guerra esos artefactos sobre mulos que parecían en los primeros momentos anticuados: LAS ARTOLAS. Sin embargo, a medida que la lucha ha ido desplazándose a otros frentes, y en lugar de localizarse alrededor de pueblos y ciudades, toma el carácter abierto de combate en pleno campo, se ve prácticamente que la labor tan fundamental de evacuación de los heridos desde la línea de fuego y primeros puestos de socorro exige de los camilleros un esfuerzo abrumador, que a las pocas horas de combate están fuera de toda posibilidad de trabajar. En ocasiones tienen que recorrer algunos kilómetros por valles, barrancadas y lomas en condiciones verdaderamente agotadoras, y entonces, todos los que creyeron al constituirse los grupos sanitarios de las brigadas que las artolas puestas por el mando en las plantillas de material de los mismos eran únicamente un estorbo, reclaman a gritos este material, que en las brigadas que pudieron proveerse de él está prestando un servicio inestimable. Urge, por tanto, extraordinariamente fabricar número de artolas suficiente para dotar rápidamente a todas las brigadas que combaten en los frentes de operaciones del Centro. Son necesarias artolas para heridos que puedan caminar sentados, y artolas-camillas; pero rápidamente, sin titubeos, sin volver a plantear el problema de su utilidad y su inutilidad, porque este problema está ya hoy completamente fallado: LAS ARTOLAS SON IMPRESCINDIBLES. Es extraordinariamente urgente adquirir artolas para las brigadas.

Es de absoluta necesidad, por quien corresponda, se examine profundamente esta cuestión y se decida con toda rapidez. No puede pasar un día más sin dar a los puestos sanitarios del frente este medio de transporte de heridos, que, sobre ahorrar personal, facilita la labor más fundamental de la guerra: la rápida recogida de los heridos en el frente.

Pero no solamente es necesario adquirir artolas, sino que, a pesar de todos los esfuerzos hechos por los servi-

cios sanitarios de Madrid para conservar útiles las ambulancias que funcionan en los frentes y dotar de nuevas ambulancias al Ejército, falta todavía un número extraordinario de ambulancias en los frentes de Madrid. Es absolutamente indispensable, por lo menos, duplicar el número de ambulancias. Es absolutamente necesario, por lo menos, duplicar las posibilidades de las reparaciones. Porque el continuado trabajo a que vienen sometidos estos medios de transporte de heridos hace que sufran un desgaste y tengan con frecuencia averías que no dependen de la voluntad del que las conduce. En la mayor parte de los casos, y que si no se dispone de la posibilidad de reparar rápidamente las ambulancias que están en funciones, de nada servirán las nuevas adquisiciones. Lo mismo que decimos que hacen falta artolas, hemos de gritar: **AMBULANCIAS, AMBULANCIAS, AMBULANCIAS.**



Es absolutamente incomprensible que en el tiempo transcurrido no se haya visto una decisión firme y enérgica de dotar al Ejército combatiente del número necesario de ambulancias por quien debía tener esta obligación. Es absolutamente imposible de concebir que se incorporen brigadas que han estado meses enteros en formación en lugares tranquilos y que vengan sin sus dotaciones completas de material en la mayor parte de los casos. Esto no solamente redundará en perjuicio de la propia brigada que viene sin ambulancia, sino que, como los camaradas de los grupos sanitarios de las brigadas que operan contiguamente a estas brigadas indotadas no pueden dejar abandonados los heridos sin evacuar, tienen que atender a los servicios de estas brigadas nuevamente incorporadas, y resulta que incluso las que tienen alguna dotación vienen perjudicadas por las que se incorporan sin dotación alguna.

Hay que acabar con esto como sea; pero hay que acabar rápidamente, porque resulta insostenible la situación que nos fijamos para los puestos responsables de la Sanidad en Madrid que tienen conciencia de su trabajo, una situación agobiadora. A todas horas del día y de la noche no se oye más cosa que una llamada siempre idéntica: **AMBULANCIAS, AMBULANCIAS, AMBULANCIAS.**

El agua es un vehículo para los microbios que producen ciertas enfermedades, como el cólera, la fiebre tifoidea, la disentería y otras que se localizan en el aparato digestivo. También el agua puede producir envenenamientos y trastornos de la nutrición o enfermedades especiales, como el bocio. Bastantes parásitos que viven en el intestino del hombre pueden ser conducidos igualmente por el agua. Pero de todos los peligros que puede encerrar el agua en España, el principal es el de la producción de epidemias de fiebre tifoidea o de disentería. Como decíamos en el número 1 de NUESTRA SANIDAD, las grandes epidemias de cólera, que también están producidas por el agua, no son de temer en nuestro país, por no existir en España habitualmente casos de cólera que puedan contaminar los abastecimientos de agua.

Las epidemias de fiebre tifoidea o de disentería se producen por la contaminación del agua con residuos excrementicios humanos. Todas las materias procedentes del organismo: la orina, las heces, los productos de la expectoración, las secreciones de la nariz y los materiales de la piel que se arrastran por el lavado de la misma, encuentran el camino, más pronto o más tarde, para llegar a los cursos de agua, lo mismo en los lugares que cuentan con los sistemas modernos de eliminación de aguas residuales que en aquellos en los que los excretas humanos se depositan libremente sobre la tierra. Y toda colección de agua contaminada con estos excretas debe considerarse como peligrosa, porque seguramente contiene, en mayor o menor concentración, microbios productores de la fiebre tifoidea.

Las epidemias de fiebre tifoidea pueden estar producidas no solamente por el agua, sino por cualquier alimento contaminado, sobre todo por la leche y por las verduras que se consumen crudas; pero las epidemias producidas por el agua siempre son muchísimo más intensas que las de-

(Continúa al final de la pág. 3.ª)

F o l l e t ó n d e  
« NUESTRA SANIDAD »

## Recuerdos de un sanitario de 1914

POR EL DOCTOR F. THOENES  
(Del libro «Hace veinte años».)

El tren nos conducía velozmente a través del país hacia el interior de Bélgica, y después seguimos en largas y agotadoras marchas a través del país enemigo. Veíamos en las aldeas ricas gestos desagradables y amenazadores de los habitantes, llenos de odio hacia nosotros. ¡Cuánta contenida protesta a través de las vidrieras de los hoteles elegantes! Seguíamos hacia adelante aproximándonos al trueno del cañón. ¡En marcha! ¡En marcha! Por último, una orden: «El puesto de socorro ha de establecerse en San Gerardo.»

Numerosos heridos esperan ya nuestro socorro. Están en el suelo, sobre paja, mezclados amigos y enemigos, tanto en la escuela, como en el castillo y como en la iglesia, en número cada vez mayor. El trabajo se nos acumula sin permitirnos un respiro día y noche. Despacio, poco a poco, y sin embargo tan rápidamente como podemos, vamos poniendo un poco de orden y prestando auxilio a los heridos. La sala de operaciones la tenemos que poner en el invernadero de una casa de campo con los elementos llevados en nuestro coche. Por primera vez funciona nuestro esterilizador de campaña, y por primera vez comienza nuestro cirujano la difícil misión de resolver «nuevos problemas quirúrgicos» que exigen de todos un mayor trabajo y una mayor capacidad de decisión y de adaptación. Pero no solamente al cirujano le sucedía esto; to-

dos nosotros, que por primera vez aquel día interveníamos como médicos en la guerra, nos encontrábamos delante de nuevos problemas que teníamos que resolver por sí mismos con conciencia de nuestra responsabilidad y poniendo a contribución todas nuestras fuerzas corporales, morales y nerviosas, pues la mayor parte de cuanto debíamos hacer tenía que ser resultado de la improvisación. Al mismo tiempo estábamos obligados al mayor rendimiento. Con horror vimos los primeros casos de tétanos, que después, gracias a la profilaxis sistemática, apenas volvimos a observar. Empezamos a conocer la acción terrible de la gangrena y los efectos maravillosos de la narcosis y de la morfina, al mismo tiempo que habíamos de saber la obligación de que nuestras fuerzas no debían jamás paralizarse ni presentar desánimo alguno si queríamos aunque fuera únicamente poder llenar las necesidades más urgentes de los heridos, tanto más cuanto que desde el primer momento se empezó a ver algo que a partir de entonces cada día se repetía: que la capacidad de trabajo que en los frentes se exige desde el primer día de batalla era francamente mucho mayor que todas nuestras posibilidades de rendimien-

to. Se tuvo por consecuencia la dificultad de poder controlar las bajas durante los movimientos de las fuerzas que repetidamente cambiaban de posición y que en espacio muy reducido sufrían pérdidas enormes.

Rápidamente fuimos relevados para seguir en marchas precipitadas, sin descanso alguno, a las tropas que combatían hacia el límite de Francia, hasta llegar a Epernay, donde tuvimos que hacernos cargo de mayor número de tropas. Nuestros soldados sufrían en un momento pérdidas imponentes, y los heridos llegaban en verdaderas riadas hasta nosotros, desde soldados hasta mandos superiores. Pero solamente durante muy poco tiempo podíamos prestarles ayuda y refugio, pues rápidamente se echó una noche horrible encima, en que recibimos la orden urgentísima de «desalojar para retroceder».

Ninguno de nosotros podrá olvidar aquella noche, en que de una manera inesperada, en medio de un trabajo abrumador, recibimos la orden, para nosotros inexplicable, de desalojar nuestro puesto y de procurar la evacuación de los heridos. ¿Transporte? ¿Y con qué medios hace-lo?... Teníamos más de mil heridos. Nadie podrá olvidar el cuadro que se presentaba al alborar el nuevo día con aquella comitiva interminable de heridos, que con-

(Continuará.)



Profila-  
xis anti-  
venérea



Consideramos de una gran utilidad en los actuales momentos la divulgación de los conocimientos que se refieren a la profilaxis o evitación de las enfermedades venéreas. Como el capítulo es muy extenso, nos limitaremos en la presente nota al problema de la blenorragia, enfermedad la más difundida entre las venéreas, debido, sin duda, a no disponer para combatirla de un tratamiento específico como para el chancro venéreo y sífilis.

La blenorragia (purgaciones) es una enfermedad contagiosa que empieza por una supuración uretral acompañada de escozor al orinar. El período de tiempo que transcurre entre el contacto sexual y la aparición de estos primeros síntomas suele ser de dos a ocho días. Puede tener muchas complicaciones (atacar a los testículos, próstata, riñón, articulaciones, corazón, etc.), y si se la abandona puede dar lugar, en el hombre, a estrecheces uretrales, esterilidad, debilidad sexual, neurastenia, etc.

Se contagia directamente por medio de las relaciones sexuales, e indirectamente por intermedio de ropas, sábanas, toallas, esponjas y otros objetos de uso personal.

Debe evitarse el contacto con la vista de todo objeto que se sospeche contaminado con el pus blenorragico para que no se produzca esta complicación, que, mal atendida, puede llegar a producir la pérdida de la visión.

El medio más seguro de prevenir el contagio consiste en el empleo de un preservativo. A falta de este medio, debe efectuarse un abundante lavado jabonoso de los genitales, teniendo la precaución de orinar inmediatamente después del acto sexual.

La aplicación de otros medios profilácticos endouretrales, como líquidos y pomadas antisépticas, previene en muchas ocasiones el contagio, pero a condición de que su empleo sea inmediato al acto carnal.

Una vez que aparecen los primeros síntomas de la enfermedad, deben aconsejarse ciertas reglas higiénicas, que, además de contribuir a acortar el curso de la misma, previenen la aparición de las complicaciones que hemos indicado anteriormente.

Deben evitarse las excitaciones sexuales, el uso de bebidas alcohólicas y el café.

Son perjudiciales los alimentos picantes, salados y ácidos, así como las conservas, embutidos y salazones.

Se aconsejará la supresión de todo ejercicio violento y el uso, fuera de la cama, de un suspensorio que inmovilice la totalidad de los órganos genitales externos.

Si hay tendencia al estreñimiento, debe combatirse por medio de enemas o laxantes; nunca empleando purgantes.

Como regla general el enfermo no debe escuchar los consejos de los amigos ni usar los remedios que vea anunciados. Deberá ponerse lo más rápidamente posible en manos de un especialista de reconocida competencia.

Fracasando casi siempre el tratamiento abortivo de la blenorragia, no exento, por otra parte, de inconvenientes, es útil no efectuar durante la primera semana tratamiento local alguno, sobre todo si los síntomas son muy aparatosos (supuración muy abundante o sanguinolenta, molestias intensas al orinar, hinchazón del miembro, etc.).

En esta primera semana deben seguirse con todo rigor las reglas higiénicas recomendadas y practicarse únicamente un tratamiento general a base de preparados de amarillo de acridina, administrados por vía oral e intravenosa simultáneamente.

La concentración de estos preparados para las inyecciones intravenosas suele ser al 1 por 100, empleando la cantidad de cinco centímetros cúbicos en días alternos, dosis suficiente y que permite prolongar el tratamiento hasta poner 20 y más inyecciones, sin presentarse, por lo general, síntomas de intolerancia.

Debe tenerse la precaución de hacer las inyecciones de estos preparados muy lentamente, con lo que se evitan molestias a los enfermos.

Una vez que vayan cediendo los fenómenos de agudeza de la enfermedad, podrán asociarse al tratamiento los lavados de uretra anterior con soluciones muy diluidas (1 por 10.000) de permanganato, oxicianuro de mercurio o protargol, practicados a muy débil presión. Solamente debe recurrirse a los lavados totales de la uretra en los casos, por lo demás poco frecuentes, que el tratamiento hecho en la forma indicada no sea capaz, al cabo de algún tiempo, de aclarar la orina por completo.

Es necesario tener en cuenta la obligación de suprimir por completo todo tratamiento local, desde el momento que aparece cualquiera complicación genital (periuretritis, prostatitis, epididimitis, etc.).

NUESTRAS CONSIGNAS

- 1.ª Centralización en un solo mando de la nueva Sanidad, quedando todo el servicio sanitario relacionado directamente con la lucha; es decir, la asistencia sanitaria de los combatientes bajo la única dependencia de la Sanidad Militar.
- 2.ª Perfeccionamiento del servicio mediante su dotación de personal y material, de acuerdo con las necesidades de una guerra cruenta.
- 3.ª Mejoramiento y amplificación de parques, laboratorios y talleres, que aseguren una producción de material sanitario de todas clases en nuestro propio país, logrando la posible independencia del extranjero.
- 4.ª El control directo sobre las industrias sanitarias para el mejor servicio sanitario del combatiente.

H U M O R ANECDOTA

Un grupo de médicos de retaguardia visita el terreno de la guerra. Les acompaña, como guía, el jefe de Sanidad de una brigada.

—Pero ¿es que estamos ya cerca de la línea de fuego?—pregunta uno de «los turistas».

—No; falta aún bastante—replicó el jefe sanitario con voz apagada.

—Entonces, ¿por qué estamos hablando tan bajo?

—¡Ah!—exclamó el médico del frente—. Yo, porque estoy afónico. Ustedes no sé por qué será.

\*\*\*

Decía Deschamps de la Medicina:

—La Medicina es un arte que se practica en espera de que se descubra algún día.

\*\*\*

En el campo de operaciones:

—Capitán—se quejaba un soldado—, el rancho está lleno de tierra.

—Pero, hombre, ¿a qué has venido aquí: a quejarte o a servir a tu país?

—Sí, capitán, a servir a mi país, pero no a comérmelo.

\*\*\*

Marck Twain define al pesimista:

—Pesimista es aquel que entre dos cosas malas... elige las dos.

Los que se hieren a sí mismos, los automutilados, son los cobardes, los traidores, los desertores, los facciosos en nuestras filas. ¡Deben ser tratados como enemigos!

El agua como causa de infección

(Viene de la pág. 2.ª)

bidas a otras fuentes de infección, porque el agua se diferencia en varias cosas esenciales de los demás artículos que son fundamentales para la alimentación. La diferencia principal está en que casi siempre se injiere cruda, al paso que quizá el 90 por 100 de todos los demás alimentos se purifican más o menos por las diversas preparaciones culinarias antes de consumirlos. Además, el agua es un vehículo que se pone en contacto con muchos objetos repartidos por áreas extensas y es el vehículo natural para arrastrar los desechos de dichas áreas. Sus propiedades disolventes favorecen esta acción. Finalmente, el agua es un elemento que forzosamente tiene que ser consumido por todos, por ser esencial para la vida; así es que cuando un agua está contaminada, el número de atacados será siempre mayor que cuando sea la leche u otro alimento los que hayan sufrido la contaminación.

La contaminación de las aguas puede suceder de muy diversas maneras. Lo más frecuente es que los ríos o arroyos reciban las aguas de desecho de diferentes núcleos de población, ya sea un pueblo, una ciudad o un simple caserío aislado. Otras veces se trata de las colecciones de basura que se depositan sin ningún cuidado en la superficie del terreno, y al sobrevenir las lluvias son arrastradas hasta los cauces naturales de las aguas superficiales. Finalmente, como sucede en las guerras, son las mismas tropas, acampadas en las cercanías de arroyos, lagos o ríos, las que contaminan las aguas, bien sea directamente, bien sea depositando las deyecciones sobre la tierra, siendo luego arrastradas esas deyecciones por las lluvias.

Nos habla un artillero que ha hecho su nombre famoso en los riscos de la Sierra combatiendo con sus escasas fuerzas al enemigo, al que sus certeros blancos han imposibilitado frecuentemente sus movimientos. Este capitán de Artillería, hermano de un médico militante de una de las organizaciones del Frente Popular, refiere anécdotas y anécdotas de la compañía de la Sierra con tantos héroes abnegados y anónimos. De pronto calla y sonríe. Recuerda la anécdota que más puede caracterizar al actual Ejército del pueblo, y dice:

—Sufríamos un bombardeo horroroso. Nuestras baterías, mal dotadas, apenas podían responder al intenso fuego enemigo, concentrado desde el alborar del día sobre las trincheras, donde nuestros milicianos aguantan el fuego. Van transcurridas más de seis horas de intenso fuego y comenta con el jefe del Estado Mayor la acaso posible necesidad de retirar las piezas, porque es muy difícil que nuestros milicianos se puedan sostener en sus posiciones.

En estos momentos, en que calculamos las ventajas y los inconvenientes de nuestra decisión, recibimos un lacónico parte telefónico del jefe que manda la primera línea. Calculamos que nos va a comunicar la necesidad de tener que retirarse; pero nuestro asombro es enorme al oír las siguientes palabras: "En vista situación insostenible en estas trincheras, doy orden de atacar al enemigo."

El ataque fué victorioso, y el jefe es hoy el comandante de una llamada brigada de choque, que continuamente ha conquistado grandes laureles para el heroico Ejército del pueblo.

Hay que tener en cuenta que el microbio de la fiebre tifoidea solamente vive en condiciones naturales en el intestino del hombre; el peligro mayor, por tanto, para que se declare una epidemia de fiebre tifoidea por el agua consiste en que lleguen al agua que se utilice para beber las deyecciones (heces y orina) de un enfermo tífico, o bien en que laven las ropas de ese enfermo, sin desinfectarlas previamente, en una colección de agua. Pero el peligro es mayor de lo que parece, por el hecho, bien sabido, de que las personas que han padecido una fiebre tifoidea, después de curadas continúan eliminando los microbios que producen la enfermedad durante mucho tiempo, a veces toda su vida; así es que muchas personas aparentemente sanas eliminan por sus heces y por su orina los gérmenes causantes de la fiebre tifoidea. Y en un país como España, donde la fiebre tifoidea es endémica, se puede estar seguro que un tanto por ciento relativamente grande de los habitantes es portador de gérmenes de esta enfermedad; es indudable, pues, que en un Ejército serán numerosos los portadores de gérmenes. Los combatientes deben tener especial cuidado de dos cosas: primera, de no contaminar con sus deyecciones las aguas que se utilicen para beber; y segunda, de no beber aguas de ríos que pasen cerca de grandes ciudades o de pueblos, a menos que no hayan sido previamente depuradas.

Sería de la mayor utilidad que en los frentes de lucha próximos a los ríos o conducciones de agua se estableciesen zanjas para la evacuación de los excrementos de las tropas, evitando con ello que se diseminan las deposiciones por el campo.





# NUESTRA SANIDAD

Elitudo por los servicios sanitarios del frente.



## E. González Ruano

Ha caído uno de nuestros mejores camaradas: el comandante médico de la X Brigada ENRIQUE GONZALEZ RUANO.

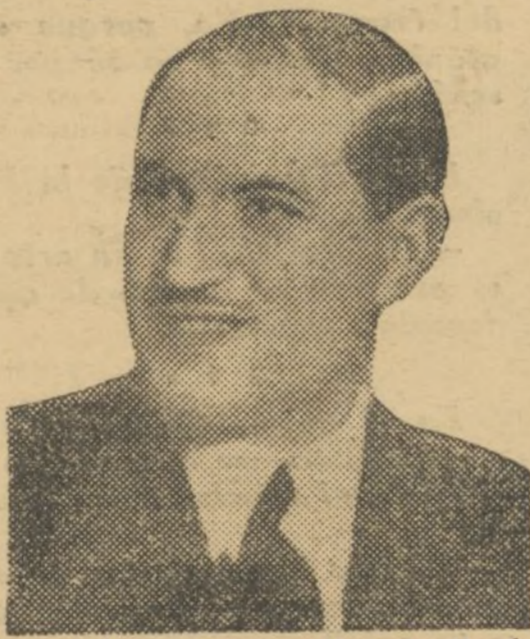
Enrique González Ruano era el prototipo de un médico del pueblo. Con una voluntad inquebrantable, y pese a todas las dificultades materiales, hizo valientemente sus estudios. Y cuando terminó su carrera a nadie consagró con mayor entusiasmo su ciencia que a la clase proletaria de Madrid, que le conocía muy bien. Sus excelentes cualidades como hombre, sus grandes aptitudes como médico, le llevaron bien pronto a disfrutar de una posición desahogada, capaz de hacer frente a todas sus necesidades. Pero en ningún momento el espejuelo del triunfo profesional, que en otros que no sientan como él sentía la causa del pueblo les aburguesa y les hace indiferentes ante las necesidades del proletariado, en González Ruano no sólo no le desvió un ápice de su posición ante los problemas sociales, sino que cada vez su entusiasmo por los desvalidos, por los políticamente perseguidos, por los revolucionarios, le hizo repetidamente sacrificar todos sus otros intereses al que para él era su interés supremo: EL TRIUNFO DE SUS IDEAS REVOLUCIONARIAS.

Enrique González Ruano fué para el Radio de Ventas del Partido Comunista el médico de todos. Jamás le vimos asistir a un enfermo con mayor celeridad, con mayor interés que a estos amigos políticos que nada le podían dar en rendimiento económico ni en fama que explotar ante la burguesía.

Al iniciarse el movimiento revolucionario, y a pesar de grandes problemas profesionales y familiares que le embargaban, Ruano lo abandonó todo, poniéndose decididamente al servicio de la defensa de su pueblo. Formó parte de un batallón que se

formó en Ventas, al que asistían como médicos dos compañeros más; pero cuando se trató de que este batallón saliese al campo a pelear, Ruano quiso ser el primero en marchar con sus camaradas al frente del combate.

Desde entonces, apenas ha salido de la línea de fuego sino cuando las necesidades de su propia unidad le obligaban a venir a Madrid en busca de material o de personal sanitario. En el frente de la provincia de Guadalajara, su comportamiento co-



mo médico y como militante llegó a ser tan destacado, que al constituirse las brigadas fué nombrado, ante el entusiasmo de los milicianos y de los comisarios políticos, comandante jefe del grupo de Sanidad de la brigada.

Cayó el día 9 de este mes. El día 7 había venido a Madrid a pedir material para su Brigada, y se volvía con un entusiasmo que acaso no hayamos visto en nadie al haberle podido dotar la Jefatura de Sanidad de dos nuevas ambulancias de nuevo modelo. Al llegar Ruano a las líneas de fuego comenzaba la fuerte presión de las divisiones italianas—hoy fuertemente machacadas por el heroísmo de nuestros soldados—. Pero en aquellos momentos de sorpresa en un frente

hasta entonces tranquilo, que sufría la sorpresa de este violento empuje de las fuerzas regulares del fascismo internacional, dotadas de las más poderosas armas de guerra, Ruano, al ver en algunos puntos del frente que nuestros milicianos tenían que ceder ante la presión enemiga, poniendo, como siempre, por encima de sus deberes profesionales, sus instintos de hombre del pueblo y su pasión por el triunfo, dejó de ser el médico militar para convertirse en guerrillero que empuja y alienta con sus palabras, con su heroísmo y con su decisión, a las fuerzas, a no retroceder y seguir avanzando.

Se dice a veces que el médico, en el frente, no debe ser más que médico, y que debe únicamente acordarse de curar y evacuar pronto y bien los heridos. Pero esto, que acaso sea posible en otras guerras, no lo es en ésta, porque, por encima de todo, los médicos y sanitarios deben tener espíritu de combatientes, y de combatientes de choque. Si éste es el primer caso desgraciado de un camarada médico que empuña las armas y toma el mando para empujar fuerzas hacia adelante, no es el primer caso, sino el último, de una larga serie en que nuestros sanitarios, en ciertos momentos de lucha, no solamente no rehuyen el peligro del combate, sino que, conscientes de su deber como militantes de un gran partido de defensores de su Patria y de soldados de la independencia de su país, se ponen al frente de los soldados del pueblo para marchar hacia adelante.

RUANO HA MUERTO. Pero jamás dejará de ser para todos los sanitarios del Ejército popular el símbolo más auténtico de lo que deben ser en esta guerra que ensangrienta a España. Si cupiera poner un epitafio sobre su tumba—que no pondremos—, no cabrían en nuestro parecer palabras que simbolizaran mejor que éstas lo que fué Ruano: el primero en el cumplimiento de su deber.

## Mi hermano el automóvil

Desearía poder interpretar el afecto y cariño que siento al llamar *mi hermano al automóvil*, porque es el que comparte conmigo las penas y alegrías, y hoy más que nunca porque, a mi modo de ver, antes de los momentos contemporáneos que hoy vivimos no se utilizaba más que para un cierto trabajo a efectuar en la vida cotidiana; hoy tiene mucho más valor por tratarse de uno de los primeros factores para la lucha presente.

¡Cuántas cosas le hubiese contado al no reconocer que es un elemento inorgánico, pues sólo se traduce en orgánico a medida de mi deseo, porque cuántas veces después de recorrer equis kilómetros y volver al lugar de partida pasa por mi mente una ráfaga de satisfacción, e imaginariamente le hubiese dado un abrazo fraternal por su buen comportamiento y decirle: ¡Te has portado bien!

Yo creo que los que llevamos algunos años de profesión sentimos un afecto espiritual hacia el automóvil. ¿Y por qué no? Pues hoy, viviendo la vida agitada que se vive en todos los órdenes, si nos faltase este hermoso factor, obra de la imaginación y estudio del hombre, no podríamos resolver muchos actos más o menos urgentísimos y muchos de ellos para salvar en diversas ocasiones numerosas vidas de hermanos nuestros, pues el automóvil hay que tratarlo con cariño, en el cuidado y entretenimiento, pues para nosotros es el arma como lo es lo mismo a un soldado el fusil o a un artillero su cañón.

Desearía que en virtud de que se están creando brigadas de choque para la emulación de otras materias de guerra y demás, fuésemos nosotros los choferes, cada uno de su parte un émulo para el cuidado del automóvil, porque hay que reconocer que en muchas ocasiones, por unos minutos de entretenimiento en el lavado no supondría ningún sacrificio, y al hacerlo nos daría las gracias imaginariamente él mismo.

Tienen con toda evidencia su trasfondo estas líneas repletas de amor y de alabanzas para su máquina, a la que mimas y cuidas como al objeto de nuestro máximo cariño. Y digo que encierran interés sus jaculatorias, porque si la mayor parte de sus camaradas conductores guardaran hacia el automóvil ese respeto y ese afecto, marcharíamos mejor en cuanto a transportes dentro de la Sanidad y fuera de ella.

Aún recorremos con pena esos parques en que yacen muertos los automóviles y los camiones, mostrando al aire la herrumbre de sus vientres y el desgarrar de sus miembros. Esos inmensos cementerios de motores y máquinas que limitan por su gran contenido la marcha de los transportes sanitarios, los han realizado, los han repleto conductores que no hubieran hablado jamás del automóvil como de un hermano.

Pero sólo pueden considerar este afectuoso parentesco los hombres compenetrados con su máquina por que la conocen, la comprenden y la admiran; y porque se dan cuenta también de su inestimable valor, de que no sólo con su cooperación vienen los víveres, se trasladan los heridos y se evacúan los inservibles, la cuidan y la sirven delicadamente en su aportación a la causa de la libertad.

Precio: 20 céntimos

Prensa Obrera, Alfonso XI, 4.—Madrid

## DONDE DEBE COLOCARSE UN HOSPITAL

Cuando contemplamos superficialmente la vida de un Hospital nos fijamos tan sólo en las salas repletas de enfermos y en los quirófanos donde se realizan las más delicadas intervenciones; pero hay algo más que tiene un interés trascendental en su funcionamiento: los servicios de cocina, que van a asegurar la alimentación de los alojados; los de desinfección, que les pondrán a cubierto de la contaminación de los microbios; los de cultura, que les permitirán salir en condiciones mejores de luchar en el medio ambiente; los de calefacción, los servicios eléctricos, los de suministro de agua, etc., todos ellos sin la vista aparatosa de aquellos primeros a que nos hemos referido, pero de una absoluta y completa necesidad.

Por todas estas razones, cuando se construye un edificio destinado desde el primer momento a Hospital se tienen en cuenta todas estas necesidades. En cambio, es preciso tenerlas muy en cuenta cuando, en lugar de aquellas circunstancias, se realiza una improvisación. En este caso, como es lógico, debemos procurar que el mayor número de servicios esté realizado ya en las mejores condiciones. No esperemos hallar un quirófano perfectamente adecuado, ni siquiera las salas para el alojamiento de los heridos; pero todo ello, principalmente en lo que se refiere a estas últimas, lo encontraremos fácilmente cuando elegimos para la instalación del Hospital edificios acostumbrados a cobijar gran número de personas, como ocurre en los destinados de antemano a asilos, colegios, conventos, hoteles de viajeros y palacios, y aún, si el acondicionamiento de las salas no puede llevarse a cabo con toda perfección, es posible que nos baste para ello el derribo de algunos tabiques o el cierre de alguna puerta.

Desde luego, algo a lo que habrá que prestar una atención más refinada lo constituyen las escaleras y pasillos, que dentro del edificio hospitalario tendrán que estar dispuestos y ser lo suficientemente amplios para el traslado y el transporte de los heridos en camillas en las mejores condiciones, y es preciso pensar que de esta singular atención depende el tratamiento posterior de los

heridos y que el problema es también de una difícil solución a última hora.

Los servicios de cocina, los de higiene y los de desinfección se hallarán también y casi totalmente resueltos en los asilos y colegios, y parcialmente, en los hoteles de viajeros, conventos y casas lujosas. La red eléctrica deberá ser hecha, sin embargo, de nuevo en sus líneas más fundamentales, ya que ninguno de los locales antes enunciados tiene líneas capaces para el consumo de energía que necesita un Hospital, sobre todo en estos tiempos de guerra en que suele existir gran escasez del combustible.

Las conducciones de agua tienen características parecidas a las que hemos detallado para la instalación eléctrica. Serán también y casi siempre insuficientes, y habrá que pensar por ello en una completa reforma.

Teniendo en cuenta todos los datos anteriores para la instalación de un Hospital improvisado, daremos la norma prefiriendo los locales de una o dos plantas a los de varias, de no ser que encontremos edificios con servicio perfecto de montacargas; mas, aun así, no debe pasarse de los tres o cuatro pisos y siempre, además, que al lado de esos montacargas existan escaleras amplias y cómodas.

En resumen, y teniendo en cuenta la vulgarización que nos hemos propuesto hacer de las condiciones de un Hospital improvisado, serán particularmente aptos los edificios destinados a asilos, internados y hoteles de viajeros. En los conventos y en las casas lujosas encontraremos indiscutiblemente más dificultades. Los grupos escolares constituirán, en general, un inmueble magnífico, en el que tendremos instalados todos o casi todos los servicios con el gasto consiguiente; pero, en definitiva, hallaremos una gran economía cuando el Hospital esté terminado. Nos queda que decir que en ningún caso deberemos realizar la improvisación en una casa de vecinos, ya que siempre nos costará grandes gastos y, en cambio, no conseguiremos el rendimiento ansiado para la realización de nuestro esfuerzo.